trico-tifoidea. Visto que los remedios humanos resultaban estériles, acordó la Comunidad recurrir al compasivo Corazón de María, celebrándole una devota novena y ofreciéndole hacer pública la gracia si lograban obtenerla. No había terminado todavía la novena cuando ya se notaron señales evidentes de mejoría, en términos que la que se hallaba ya al borde del sepulcro no tardó muchos días en abandonar el lecho, recobrando completamente su salud.

Este nuevo favor concedido por el Corazón de María á su devotos fué publicado en *El Iris de Paz*, en el número correspondiente al 1.º de Agosto de 1893.

CAPÍTULO XII

RELACIONES DEL CORAZÓN DE MARÍA CON LA MÚSICA

SUMARIO: El canto del dolor sublimado en el Corazón de María.—El canto del amor y de la esperanza ante el Corazón de nuestra Madre.

Es la Música, entre las bellas artes, la que más el Cristianismo ha santificado. Viénele esta adopción de lo propia y natural que es para celebrar las divinas alabanzas, por donde llegó á constituir por sí sola una de las principales solemnidades del culto católico y á formar parte muy interesante de la sagrada Liturgia.

Las divinas Escrituras nos representan también á la Iglesia triunfante entonando sin cesar, bajo las bóvedas inmensas del cielo, el himno ó Trisagio seráfico, cantar eterno que recrea suavemente los oídos de Dios y de los mismos coros bienaventurados. No hay cosa que así resalte en el paraíso celestial como la música; cánticos de gloria oyó San Juan que entona-

ban al Cordero sin mancilla los veinticuatro ancianos de las vestiduras blancas, y con cantar nuevo vió que el coro de las vírgenes le seguía festejando. Un eterno cantar de amor y de alegría y de loa sin fin á la bondad y majestad de Dios constituirá nuestra perpetua bienaventuranza; ¿qué tiene, pues, de extraño que la Iglesia militante pretenda reflejar en los templos de la tierra las notas celestiales que tanta gloria dan á nuestro soberano Criador y Redentor?

Todo afecto vehemente del alma, cualquier sentimiento extraordinario que agita ó conmueve profundamente el corazón, tiende á expresarse ó manifestarse en la poesía ó en el canto. Cuando los santos se inflamaban en el amor divino componían versos tan apasionados como los de San Juan de la Cruz, ó arrancaban á algún instrumento músico harmonías celestiales en suplemento de su débil voz, como las sublimes y arrebatadoras que el B. Alfonso de Orozco improvisó en el órgano la noche del Nacimiento del Señor.

Sin embargo, la música es expresión más común y natural del sentimiento, y así vemos que hasta los que se entregan á las faenas del campo, mientras acompañan el arado formando sinuosos surcos ó hacen doblegar bajo la hoz las doradas mieses, entonan alegres cantares que se confunden con los trinos del jilguero ó los arpegios del ruiseñor que animan aquellas campestres escenas. El mismo San Agustín refiere de sí que á los principios de su conversión le hacían derramar devotas lágrimas los de la cantos Iglesia, por lo que no puede menos de aprobar esta loable costumbre, para que por el deleite de los oídos el ánimo se levante á afectos de piedad.

Empero los cantos más propios de esta tierra de peregrinación y valle de lágrimas no son ciertamente los de la alegría y de la felicidad, sino los del dolor y del amor paciente, por más que al levantar los ojos al cielo brote también alguna vez espontáneamente del corazón el canto de la esperanza y de la alegría por la dicha que nos ha de caber en aquella región bienaventurada.

¿Mas para qué me canso divagando por los aires en busca de dignos sentimientos ó afectos que cantar, si en el Corazón de María hallará el músico los sentimientos más nobles y sublimes en que inspirarse, harmoniosos torrentes de amor y de dolor, de esperanza y alegría que, reflejados en el canto, herirán suavemente las almas, transformándolas en otras tantas imágenes de ese simpático Corazón? Desde el blando susurro de la Madre que en la cuna adormece al bendito Niño con los dulces cantos de su amor, hasta el ¡ay! desgarrador lanzado en el Gólgota por su Corazón lacerado, hay una serie y gradación casi infinita de afectos y sentimientos á cual más tierno, puro y encantador.

Cantad, sí, cantad al Corazón de mi Madre; lleguen á mis oídos trocadas en suaves harmonías las dolorosas corrientes que amargaron ese Corazón en la Pasión del Hijo; hacedme sentir en flébiles resonancias los inmensos dolores del Corazón de mi Ma-

dre; hacedme derramar lágrimas de compasión y de dolor buscando las notas más suavemente melancólicas, y si queréis, hacedme presenciar las profundas agitaciones que conmovieron el mar de su Corazón con las sublimes disonancias que poseéis en los secretos de vuestro arte. ¡ Felices mil veces si en vuestros cantos dolorosos conseguís hacer verter siquiera una lágrima de ternura y compasión por los dolores del Corazón de tan afligida Madre ! Esa lágrima, yo os lo aseguro, no será estéril; aquel Corazón bondadoso, que no puede vernos llorar por sus dolores sin conmoverse hondamente, derramará abundantísimas gracias sobre el artista que le ha proporcionado tan grato consuelo, y será imposible que se extinga la fe en el corazón que latió todavía de amor y compasión por el Corazón de María.

Ya conoceréis, sin duda, la historia de Rossini. Su *Stabat Mater*, tan sublime y conmovedor, despertó en él en los últimos momentos de la vida los sentimientos de fe casi extinguidos en su pecho. A él mismo se le oyó exclamar: " El que compuso este *Stabat* no podía perder la fe. „ Es de creer que aquella tierna Madre, por cuyos dolores el gran artista había quizá derramado algunas lágrimas cuando se posesionó de aquellos piadosos afectos expresados en su sublime *Stabat*, le alcanzaría al fin de sus días la gracia de la conversión para que pudiera ir á cantar eternamente sus gozos allá en el cielo.

Los dolores del Corazón de María han inmortalizado á muchos músicos que supieron sentirlos y expresarlos á maravilla en harmoniosos torrentes que inundan el alma de compasión y de dolor.

Pergolesi se hallaba un día en medio de la turba en la plaza de Nápoles de Turín, mientras se ejecutaba la sentencia de muerte de un joven... La dolorosa ceremonia se había terminado, la muchedumbre se dispersaba con la cabeza baja, comprimida por un sentimiento de terror; pero una mujer vestida de luto, con el rostro bañado por el llanto, permanecía inmoble arrodillada á cierta distancia del patíbulo. Era la madre del ajusticiado, que acababa de entonar las letanías de la Virgen rogando por la salvación de su hijo. Delirante con la profundidad del dolor, proseguía su oración sin darse cuenta de que el terrible espectáculo había terminado. Los soldados procuraban en vano hacerla volver en sí de aquel estado de convulsión, cuando el famoso artista se acerca silencioso á la desventurada madre, de la que no había apartado los ojos; la coge entre sus brazos, le prodiga todos los socorros que su caridad le sugiere, y acabada esta piadosa obra se retira á su habitación, en donde, después de algunos instantes de reconcentración profunda, toma la pluma y escribe las primeras notas de aquel *Stabat Mater* que debía hacer su nombre inmortal. La triste escena que había presenciado trasladó á Pergolesi á esa otra cien mil veces más sublime del Calvario, y sumergido su espíritu en la consideración de los dolores del Corazón de la Virgen Madre, arrancó á su fantasía esos tonos desgarradores que parten el alma de dolor y la templan á

lo divino para sufrir con heroica constancia los azares de la vida.

***

Mas si bien es cierto que á nuestro carácter de desterrados la expresión del dolor se presenta más sublime que la del amor, todavía esta última causa hondas impresiones en nuestra alma, y más cuando la fuerza ó vehemencia del amor aligera la pesantez del cuerpo y le imprime aquellos vuelos extáticos en que el alma, arrebatada hacia su Dios, parece haber robado las alas á los serafines para llegar más pronto á Él y embriagarse en las delicias de su inefable unión.

Este amor tierno, vehemente y arrobador ardía sin cesar en el Corazón de María, y á sus ímpetus irresistibles corría á las veces á abrazar á su amado Jesús, estrechándole contra el pecho, y le arrullaba dulcemente con sus cantares de maternal amor. ¡Oh, qué inefables transportes, qué suaves arrobamientos, qué amorosa languidez, qué celestiales delicias experimentaría en aquellos momentos el purísimo Corazón de la bendita Madre!

Ea, pues, vosotros los que sentís en lo interior de vuestras almas despertarse suaves harmonías: componed canciones amorosas, trasladad á vuestros cantos aquellos divinos desfallecimientos, aquella maternal ternura, aquel suave derretimiento de amor, que tan puro, celestial y santo es en el Corazón de María. No os rebajéis á cantar el amor profano, que excita las pasiones, enturbia el alma y termina en tan la-

mentables disonancias del orden moral; cantad, sí, el purísimo amor del Corazón de María; buscad notas divinas allá entre los coros angélicos, ó más bien penetraos de ese mismo amor que abrasa el Corazón de nuestra Madre, porque él os inspirará acentos hasta aquí desconocidos, melodías tan varias, originales y palpitantes de amor que inflamarán santamente los pechos de las piadosas muchedumbres que acuden á los altares de María para oir celebrar sus alabanzas. En vuestros amorosos transportes hacia aquel Corazón virginal dominaréis de tal suerte la voz, que en sus inflexiones variadas y numerosas los dulces afectos de vuestra alma hallarán fácil y natural expresión, que al paso que deleite los oídos imprima en el alma de los oyentes sentimientos santos y amorosos hacia ese mismo Corazón.

Justo es que, dejando alguna vez los melancólicos sonidos del amor doloroso, entonéis el canto de la alegría y de la esperanza, pues el Corazón de María, con los dolores y padecimientos que tanto lo afligieron al pie de la cruz, es causa de nuestra alegría y de nuestra esperanza.

Para nosotros, pobres desterrados, es cosa muy divina el rayo celestial de la esperanza que ilumina de vez en cuando nuestras prisiones. Abrumado por la tristeza, nuestro corazón se ve como arrebatado por inesperada alegría á vista de una lisonjera esperanza que le promete consuelos sin fin, delicias interminables, bien así como en el semblante lloroso del niño parece súbita sonrisa cuando la madre le prome-

te cariñosa el juguete que anhelaba. Afortunadamente, el maternal Corazón de María envía con frecuencia á nuestros pechos esos rayos consoladores, y nuestras prisiones se hacen de este modo más soportables ó llevaderas. El solo pensamiento de que es el Corazón de nuestra Madre corazón tierno, compasivo y poderoso para librarnos de todas nuestras miserias, nos llena de inefable alegría y esperanza, y en estos arrebatos lisonjeros el corazón no puede menos de entonar un cántico de alegría y de expresar en las tristes harmonías del destierro la felicidad que nos espera en la patria bienaventurada, la dicha incomparable que nos aguarda en poder contemplar el amable rostro de nuestra Madre querida y de agradecer á su piadoso Corazón con eternos cantares las misericordias que sobre nosotros derramó durante la mortal carrera.

Cantad, pues, cantad al Corazón de María, que alegra y regocija nuestro destierro; cantadle como canta el pobre desterrado y prisionero al astro de la noche que, con su apacible luz, viene á iluminar las tinieblas del calabozo en que gime, concediendo un débil consuelo y alivio á su espíritu fatigado con los horrores de lo presente y los tristes recuerdos de la amada patria que perdió.

FRUTOS DE LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE MARÍA

Las Hijas del Inmaculado Corazón de María, en carta dirigida al director de *El Iris de Paz*, daban cuenta del favor alcanzado en su colegio de Gerona, por medio del Corazón de María, en los siguientes términos:

" Serían las diez de la mañana del día de Nuestra Señora de las Nieves, cuando, á la salida de clase, cierta joven fué al colegio preguntando por una niña de cuatro años, y añadiendo que tenía encargo de su madre para llevarla á casa. Creyendo sería una sirvienta de dicha familia, no hubo dificultad en entregarle la niña; pero luego se averiguó que era un recado falso y que se trataba nada menos que de un secuestro.

„ Desde el momento se practicaron diligencias, y á las siete de la tarde no se había encontrado todavía la niña secuestrada.

„ Todas las niñas, sus compañeras de colegio, rezaron con mucho fervor algunas preces á la santísima Virgen, y las religiosas, llenas de confianza en su divina Madre, al dirigirle sus súplicas le prometieron que si se hallaba la niña lo harían manifiesto en *El Iris de Paz* ó *El Inmaculado Corazón de María*, como un favor debido á su protección maternal.

„ Entretanto los padres de la niña buscaban á ésta con la mayor aflicción por los alrededores de la ciudad. Nunca como entonces pudieron apreciar el in-

tenso dolor de María santísima en la pérdida de su santísimo Hijo. Un vecino de Gerona que había contemplado la desgarradora escena de aquellos consortes, y que se ofreció á practicar diligencias para el hallazgo, á su regreso de Salt vió una mujer con dos niñas de corta edad en la carretera de Gerona; preguntóles por su domicilio, y en la contestación de la más pequeña, discorde de la que dió la mujer, sospechó si sería ella la secuestrada. La tomó consigo, y guiado por las señas que dió la niña llegaron á su casa, donde resultó comprobado el secuestro. La candorosa criatura dijo que la raptora la obligaba á mendigar, recibiendo por todo premio algún mendrugo de pan seco. Ya puede inferir el lector cuál sería el regocijo de toda la familia, poco antes presa de mortal aflicción.

„ Tributemos, pues, las más rendidas gracias á la santísima Virgen María, nuestra cariñosa Madre, siempre benigna y atenta á los ruegos que se le dirigen con fervor y confianza. „

CAPÍTULO XIII

RELACIONES DEL CORAZÓN DE MARÍA CON LA POESÍA

SUMARIO: La poesía lírica es la poesía del corazón, la poesía del amor en todas sus manifestaciones: el Corazón de María, principio del amor en todas sus formas, enardece el corazón del poeta y le ilumina; y el poeta, enardecido é iluminado, canta á su vez los nobles sentimientos del Corazón de María. — Jesucristo padeciendo en su cuerpo y María en su Corazón para consumar la Redención del mundo, ofrecen el asunto más brillante para la epopeya del Cristianismo. — El Corazón de María en la poesía dramática.

IGNORO qué pensarán al leer este epígrafe aquellos autores de ascética severa que reprueban todo género de poesía cual si fuera mero producto de una imaginación inquieta y divagadora que busca deleitarse en las cosas agradables al sentido. Mas ¿qué podrán decirme estos extremados rigoristas si presento ante sus ojos una muchedumbre inmensa de santos que, siendo tales, cultivaron fructuosamente la Poesía ya desde los primitivos tiempos del Cristianismo; si pruebo con documentos á la vista que apenas ha habido contemplativos que no hayan sido poetas, ó en su modo de vivir, como el se-